

EL ESPAÑOL PUERTORRIQUEÑO EN NUEVA YORK

No es esta la primera vez que se ha considerado el trasplante de un dialecto del español a Nueva York. Antes fue objeto de estudio el judeo-español¹, del que quedan hoy pocos rastros en esa gran metrópoli norteamericana. Hasta ahora se ha pasado por alto la situación sociolingüística de las grandes colonias de hispanoamericanos ubicados allí. Desde el siglo XIX, por razones políticas o económicas, han venido a Nueva York inmigrantes hispánicos. Entre los primeros fueron aquellos cubanos que intentaron fomentar la sublevación contra el dominio español: conocemos la residencia neoyorquina del insigne José Martí. También llegaron peninsulares, sobre todo gallegos, en los años subsiguientes a la guerra de 1898. Podemos ver que en su primer viaje a Norteamérica, don Ramón Menéndez Pidal, habiendo tenido que dar sus conferencias en francés cuando estuvo en Baltimore, pudo hallar auditorio suficiente para darlas en español al llegar a Nueva York². Quedaría fuera de nuestro propósito trazar la historia completa de las comunidades hispánicas de Nueva York. En las dos últimas décadas se destacan, por su número y por sus especiales circunstancias sociolingüísticas los puertorriqueños; su morada neoyorquina también empieza en aquel primer decenio del siglo.

1. *Datos históricos*

Parece que la inmigración de puertorriqueños a Nueva York se remonta a tiempos de la guerra de 1898, a raíz de la cual la isla pasó a los Estados Unidos después de cuatro siglos como colonia española. Desde 1900 Puerto Rico permaneció como colonia, aun sin llamarse así, hasta 1917, cuando el Congreso estadounidense lo elevó a categoría de territorio y concedió la ciudadanía norteamericana a sus habitantes. Quizá por esos

¹ MAX A. LURIA, «Judeo-Spanish Dialects in New York City», *Todd Memorial Volumes*, II (Nueva York, 1930), pp. 7-16; DENAH LEVY [Lida], «La pronunciación del sefardi esmiriano de Nueva York», *NRFH* 6 (1952), pp. 277-281.

² Las conferencias de Baltimore, dadas en Johns Hopkins University, se publicaron luego como *L'Épopée castillane à travers la littérature espagnole* (París, 1910), las de Nueva York, patrocinadas por la Hispanic Society of América se reúnen en *El romancero español* (Nueva York, 1910).

años de la Primera Guerra Mundial llegara el primer grupo numeroso de emigrantes a Nueva York: el censo de 1920 cuenta con 7.364 puertorriqueños en la ciudad. Durante el decenio siguiente aumentó rápidamente la colonia puertorriqueña: en 1930 había 44.908 arraigados en Nueva York, todos nacidos en la isla, o sea, inmigrantes de la primera generación³. La primera zona de residencia fue la que vendría a llamarse «El Barrio», por ser la colonia hispánica por excelencia. Vecinos de los afroamericanos en el noreste de Manhattan, los puertorriqueños no se separaban según un criterio racial. Un sociólogo de esa época afirmó que el puertorriqueño de color habitaba las mismas calles que su compatriota blanco, con tal que todos hablaran español⁴.

A esta ola continua impuso la Segunda Guerra Mundial una suspensión durante cinco años, pero con la paz nuevas circunstancias provocaron el mayor éxodo puertorriqueño de todos los tiempos. La escasez de empleo en la isla se contrastaba con la inmensa demanda de postguerra en los Estados Unidos. La inauguración de vuelos baratos entre San Juan y Nueva York redujo a pocas horas un viaje que había llevado días enteros en barco⁵. Esta inmigración llegó a su cumbre hacia 1953: para la década de 1960, hay indicaciones de que muchos puertorriqueños empezaban a volver a la isla⁶.

Poco después entró en las escuelas públicas de Nueva York el primer grupo numeroso desde principios de siglo (época de la gran inmigración europea) cuya lengua materna no era el inglés. En 1956, se calculaban 113.887 alumnos puertorriqueños, nacidos en la isla o en la ciudad, que representaban el 12,2 por 100 de la población escolar⁷, mientras que el censo de 1960 cuenta con 892.513 puertorriqueños, de los cuales el 68,6 por 100 nacieron en la isla⁸. Los problemas lingüísticos de esta generación eran enormes; basta decir que sólo una porción mínima terminó con éxito la enseñanza secundaria. Antes de considerar esta situación lingüística, vamos a poner al día la estadística. Notamos que en el año 1970

³ LAWRENCE R. CHENAULT, *The Puerto Rican Migrant in New York City* (Nueva York, 1938), p. 38. Esta tesis doctoral investiga minuciosamente las condiciones sociales y económicas de los primeros inmigrantes.

⁴ CHENAULT, p. 96.

⁵ CLARENCE SENIOR, *The Puerto Ricans: Strangers, Then Neighbors* (Chicago, 1965), p. 40. Pone al día el estudio de C. WRIGHT MILLS, et. al., *The Puerto Rican Journey* (Nueva York, 1950).

⁶ A. W. MALDONADO, «Puerto Rico: the migration reverses», *Nation* 198 (16 marzo 1964), pp. 255-257.

⁷ J. CAYCE MORRISON, ed., *The Puerto Rican Study 1953-1957* (Nueva York, 1958, p. 170. Estudio oficial de la población escolar, hecho para el Departamento de Instrucción Pública.

⁸ SENIOR, p. 88.

hay 249.055 estudiantes puertorriqueños en las escuelas públicas (un 22,2 por 100 de la totalidad), y además otros 33.574 hispánicos no puertorriqueños⁹. Total hoy día uno de cada cuatro alumnos en Nueva York habla español.

2. Circunstancia cultural y política

Tenemos que recurrir primero a la triste historia sociolingüística de la isla antes de analizar la situación actual en Nueva York. Decíamos que a partir de 1917, Puerto Rico era «territorio». Como posesión de los Estados Unidos, el idioma oficial tenía que ser el inglés: por otra parte, casi la totalidad de la población no hablaba más que español. En las escuelas públicas se intentó imponer la enseñanza en lengua inglesa. El esfuerzo tuvo poco éxito. Alguna que otra vez el Comisionado de Instrucción modificó el reglamento, o hizo caso omiso de las violaciones. Por fin, en 1942 el doctor José M. Gallardo decretó que en la escuela elemental se enseñara en español, con el inglés como asignatura: en la escuela secundaria la prioridad de lenguas sería al revés¹⁰. Progreso, sí, pero ¡qué difícil cambiar de lengua a media carrera! Este lamentable compromiso venció en 1949, cuando se decretó la enseñanza en lengua vernácula en todos los cursos.

El vaivén lingüístico en Puerto Rico iba a tener consecuencias funestas para los jóvenes de entonces que acabarían por trasladarse a Nueva York. Muchos no sabían leer ni escribir bien lengua alguna: hablaban un español popular salpicado con anglicismos adquiridos en la escuela. Muchos se quedaron analfabetos ante la frustración impuesta al ver que su idioma nativo no se reconocía oficialmente en su propia tierra. Así pues, los puertorriqueños de Nueva York¹¹ no se parecían en nada a los inmigrantes anteriores. Aquéllos eran ciudadanos naturales aun sin saber el idioma oficial. Sin embargo, la ley negó el derecho a votar a los que no supieran inglés. Esta injusticia fue anulada en 1965 por la Ley «Rodríguez-Ramos-López» por medio de la cual todo ciudadano que hubiera terminado

⁹ *New York City Public Schools Facts and Figures 1969-70*, p. 59.

¹⁰ LUIS MUÑIZ SOUFFRONT, *El problema del idioma en Puerto Rico* (San Juan, 1950), p. 21. Historia de la política oficial en cuestiones de idioma desde 1898 hasta la fecha.

¹¹ En un principio, el inmigrante prefería llamarse *hispano* o *latino*, evitando la designación *puertorriqueño*. V. ELENA PADILLA, *Up From Puerto Rico* (Nueva York, 1958), pp. 32-33. Este libro es una investigación sociológica de categoría profesional. A menudo la prensa usa una *boricua*, derivado de *Borinquén*, nombre indígena de la isla. El *Diccionario de la Real Academia Española* (19.^a ed., 1970) sólo registra *borinqueño* para el adjetivo.

el sexto curso de la escuela primaria quedaría exento del examen¹². Este acto del estado de Nueva York tiene más trascendencia política de la que aparece a simple vista: reconoce que hay ciudadanos neoyorquinos de habla no inglesa. Además, como veremos, ha abierto el camino a la enseñanza bilingüe. Por primera vez en la larga historia neoyorquina, un grupo de ciudadanos no ha tenido que «asimilarse» lingüísticamente a la mayoría angloparlante. En cambio, se apoya el desarrollo de un ambiente cultural hispánico en Nueva York. k.

3. *El dialecto transplantado*

El español de Puerto Rico ha sido estudiado magistralmente por Tomás Navarro, a base de encuestas hechas en 1927-28¹³. Nuestra máxima autoridad en cuestiones de fonética y de geografía lingüística¹⁴ indicó que el habla puertorriqueña se semejaba, a grandes rasgos, a la modalidad antillana apuntada en estudios anteriores de Pedro Henríquez Ureña; es decir, por la relajación extrema de las consonantes fricativas en posición intervocálica, la aspiración y hasta supresión de la -s final de sílaba, la conservación de *h-* inicial aspirada, etc. Sólo se destacaba en Puerto Rico, diferenciándose de Santo Domingo, la pronunciación de la *rr*: encontró don Tomás una articulación velar en toda la isla, hasta en las ciudades principales. Concluyó que «la *rr* velar es generalmente tenida en concepto de inferioridad ortológica... Parece que Puerto Rico es el único país de lengua española en que la *R* velar no ocurre como simple defecto o perturbación individual, sino como hábito lingüístico de carácter colectivo»¹⁵.

¹² La legislación reciente que afecta a las minorías lingüísticas del país se discute en GARLAND CANNON, «Bilingual Problems and Developments in the United States», *PMLA* 86 (1971), pp. 452-458.

¹³ *El español en Puerto Rico*, Río Piedras, 1948. (2.ª ed., 1966, no tiene más adición que nuevas palabras preliminares). Estudios posteriores incluyen: M. ALVAREZ NAZARIO, *El arcaísmo vulgar en el español de P.R.* (Mayagüez, 1957), tesis doctoral dedicada principalmente a cuestiones fonéticas; del mismo autor es *Elemento afronegroide en el español de P.R.* (San Juan, 1965), dotado de interesantísimas hipótesis sobre el adstrato africano. Anterior al libro de Navarro fue la recopilación léxica de A. MALARET, *Vocabulario de P.R.* (San Juan, 1937). De índole popular es un registro más reciente de RUBÉN DEL ROSARIO, *Vocabulario puertorriqueño* (Sharon, Conn., 1965). También son útiles las observaciones de WASHINGTON LLORÉNS, *El español de P.R. y la 18.ª edición del diccionario de la R.A.E.* (San Juan, 1957). De orientación estructuralista es la tesis inédita de E.R. COLHOUN, «Local and Non-Local Frames of Reference in Puerto Rican Dialectology», Cornell University, 1967.

¹⁴ Las encuestas en la isla ocasionaron la primera redacción, una «tirada multigráfica de don Rafael W. Ramírez», del *Cuestionario de investigación lingüística* (1927), cuya edición definitiva se llama *Cuestionario lingüístico hispanoamericano* (Buenos Aires, 1945).

¹⁵ *El español en P.R.*, pp. 93-94. Estudios posteriores sobre la *rr* velar: J.H. MATLUCK,

Hoy en Nueva York los rasgos fonéticos más distintivos del habla puertorriqueña son precisamente los mismos. Así el hispano de Puerto Rico se distingue fácilmente de sus vecinos procedentes de Cuba, Santo Domingo o Colombia (los tres países hispanoamericanos que siguen a Puerto Rico en número de transterrados), sobre todo por su pronunciación de la *rr*. En Nueva York, la articulación velar alterna con la alveolar; en los programas de radio y de televisión casi siempre se oye la *rr* alveolar, por ser considerada ésta como más culta.

Donde más se nota la influencia del inglés es en el vocabulario. Algunos conceptos del vivir cotidiano se expresan mediante puertorriqueñismos (o antillanismos) ya clásicos, como *guagua* por *autobús*. Por otra parte, el castizo *almuerzo* viene a ser reemplazado por *lonche* (ingl. *lunch*), *mercado* por *marqueta*¹⁶ (ingl. *market*). La tienda de comestibles o ultramarinos se llama *hodega*, como en todas Las Antillas, pero se ha oído decir hasta *grosería*, cruce del inglés *grocery* con el sufijo nominal *-ería*, sin que el hablante se dé cuenta de la graciosa homonimia que acaba de crear. Llevada a su fin, esta tendencia a usar anglicismos sin la debida asimilación a la estructura léxica del español ha empobrecido el lenguaje de muchos puertorriqueños, sobre todo los jóvenes nacidos en Nueva York, que tratan de dominar dos lenguas a la vez. La creación de una jerga denominada cáusticamente *Spanglish*, resultante de estas influencias arrolladoras, ha sido detenida recientemente por dos tentativas: 1.^a, organizaciones para fomentar la hispanidad en la comunidad puertorriqueña; 2.^a, la adopción de una política oficial de bilingüismo en las escuelas municipales. Veremos que estas nuevas fuerzas no son contrapuestas, sino complementarias.

4. La nueva hispanidad

Órgano más evidente de la cultura hispánica es el periódico *El Diario-La Prensa*, número uno en cuanto a tirada de todos los diarios nortea-

«Fonemas finales en el consonantismo puertorriqueño». *NRFH* 15 (1961), pp. 332-342; de acuerdo con NAVARRO, MATLUCK cree en la acomodación de la *rr* castellana a la fonética indígena. G. DE GRANDA, «La velarización de *rr* en el español de P. R.», *RFE* 49 (1966) [1968], pp. 181-227, partiendo de un enfoque estructuralista, intenta descubrir un reajuste de oposiciones fonológicas, debido a condiciones culturales. El mismo GRANDA (Gutiérrez) amplía sus observaciones sociolingüísticas en *Transculturación e interferencia lingüística en el P. R. contemporáneo* (Bogotá, 1968), libro que ha provocado réplicas apasionadas, por ejemplo, WASHINGTON LLORENS, *Transculturación en P. R.* (Río Piedras, 1969).

¹⁶ En Nueva York, *marqueta* se refiere al gran mercado al aire libre que se halla en el corazón del Barrio. V. JESÚS DE GALÍNDIZ, *P. R. en Nueva York: sociología de una inmigración* (Buenos Aires, 1968), pp. 52-53.

americanos en lengua no inglesa. Aunque este vigoroso diario pregona apasionadamente los derechos de la minoría hispanohablante y dedica muchas páginas a noticias puertorriqueñas (incluyendo a su vez un rincón dominicano), sus reportajes pecan en demasía de excesivo anglicismo. Los boletines informativos, difundidos en inglés por las asociaciones de prensa, se traducen rápida y descuidadamente al español; en cambio, los artículos de fondo llevan la versión inglesa en la misma página. Sólo de vez en cuando asoma la chispa del buen estilo literario en las columnas escritas y redactadas por periodistas hispanos¹⁷.

A más alto nivel se encuentra el teatro. Apropiándose la designación muy peninsular *La Barraca*, la bien conocida actriz señorita Miriam Colón dirige un grupo viajero que va de un barrio a otro representando comedias clásicas y modernas. También actúa esta compañía ante espectadores jóvenes en las escuelas donde hay una mayoría de alumnos hispanohablantes.

En 1963 la distinguida poetisa y catedrática doctora Diana Ramírez de Arellano fundó el *Ateneo Puertorriqueño de Nueva York*. A sus reuniones mensuales vienen a conferenciar profesores, escritores y artistas de todas partes del mundo hispánico. En el auditorio siempre hay muchos puertorriqueños universitarios, deseosos de elevar a un nivel de cultura su lengua familiar.

Igualmente importante, dentro del ambiente académico, es la creación de Departamentos de Estudios Puertorriqueños en dos ramas de la universidad municipal neoyorquina, CUNY. Se intenta profundizar en la historia, la literatura y las tradiciones populares de Puerto Rico mediante cursos (en español y en inglés) de categoría universitaria. Todavía es muy temprano para comentar el éxito de estos programas nacientes. Basta decir que la universidad no ha creado de la noche a la mañana nuevos planes de estudios para frustrar posibles alborotos estudiantiles: al contrario, la insigne investigadora doctora María Teresa Babín ha regresado a Nueva York expresamente para dirigir uno de estos departamentos. Así, se puede prever para la universidad municipal el desarrollo de estudios puertorriqueños al más alto nivel.

¹⁷ Por otra parte, la experiencia neoyorkina ha dado lugar a una nueva literatura en lengua inglesa. Incluye obras de sociólogos profesionales, como el discutido tomo de OSCAR LEWIS, *La vida...* (Nueva York, 1966), memorias personales como las de JESÚS COLÓN, *A Puerto Rican In Nueva York* (Nueva York, 1961) y la autobiografía amargamente patética de PIRI THOMAS, *Down These Mean Streets* (Nueva York, 1967). Esta literatura suele retratar los aspectos más crudos de la vida y ha sido seriamente criticada por la comunidad puertorriqueña. Sin embargo, representa para muchos angloparlantes su iniciación literaria al ambiente hispánico de la ciudad.

5. ¿Ciudad bilingüe?

Hemos hablado de la situación excepcional de los inmigrantes puertorriqueños en cuanto a sus derechos de ciudadanía y al reconocimiento oficial de su lengua. Estos adelantos no impidieron en el pasado que los niños, nacidos o en la isla o ya en Nueva York, encontraran obstáculos casi insuperables al entrar en las escuelas primarias de la ciudad. No era de extrañar que un alumno de seis años que nunca había hablado inglés no pudiera mantenerse al mismo nivel en los estudios que sus discípulos angloparlantes. ¿Cómo iba a resolver este grave problema el Departamento de Instrucción Pública? Otra vez se luchó con las tradiciones más arraigadas para favorecer a los puertorriqueños: el Departamento ha acabado por aprobar la enseñanza bilingüe. Si los niños aprendieran las materias de los primeros cursos en español (y al mismo tiempo estudiaran inglés como asignatura), más tarde podrían pasar a la enseñanza en inglés con menos atraso. Así se han creado cátedras de «profesor de inglés como segunda lengua», y en tiempos más recientes, la de «profesor bilingüe: español-inglés». Sin embargo, la buena voluntad y el entusiasmo del Departamento no han producido resultados todavía satisfactorios. Hace pocos meses la prensa hispana se quejó de que no había más que unos cuatro mil estudiantes en los programas bilingües, pidiendo a la vez la concesión de fondos especiales¹⁸. Es de notar que la enseñanza bilingüe, nacida a petición de la comunidad puertorriqueña, se va a adoptar incluso para alumnos de habla china, minoría que ha crecido mucho en Nueva York durante el último lustro.

Si el programa anunciado no se ha llevado a cabo en toda la extensión que se prometió, la demora se debe a la falta del profesorado necesario. Tal vez podamos esperar mejor fruto para el porvenir inmediato. En el «City College», rama más antigua y famosa de la CUNY, la escuela normal exige que todo candidato al magisterio apruebe un examen práctico en lengua española. Así se puede esperar con confianza que dentro de pocos años se llenen muchas de las cátedras vacantes¹⁹.

El 25 por 100 de los alumnos actuales son de habla española; parece que la población puertorriqueña va aumentando con el nacimiento de una segunda o tercera generación neoyorquina. En muchas vecindades (sobre todo, el condado del Bronx) puertorriqueños han reemplazado a

¹⁸ «La educación en crisis», *El Diario-La Prensa*, 19 de abril de 1971, p. 15.

¹⁹ Hay una antología muy útil para futuros profesores bilingües: F. CORDASCO y E. BUCCHIONI, *Puerto Rican Children in Mainland Schools: A Source Book for Teachers*, Metuchen, N. J., 1968.

la antigua población angloparlante. Ya se puede vivir, tanto política como culturalmente, en español. Sin exageración alguna preguntamos, ¿será Nueva York la primera metrópoli bilingüe de los Estados Unidos?

STEVEN HESS

University of Pittsburgh